
ADOLESCENCIA: DEL MYTHOS AL LOGOS

ÁNGEL FERNÁNDEZ DUEÑAS
ACADÉMICO NUMERARIO

Voy a exponer antes Vdes. un tema controvertido y complejo; enormemente extenso y, a la vez, profundo; difícil de abordar y, sin embargo, apasionante. Voy a intentar hablar de la adolescencia, de una manera global y, tal vez por ello, un poco vaga e imprecisa, aunque espero que, al final, mi discurso resulte suficientemente ilustrativo. Me apresto, valga la similitud, a producir una especie de cuadro impresionista, donde los colores rojos y ocre de los aspectos biológicos, se complementen con los verdes y amarillos de la faceta psicológica y, todos, contrasten con los blancos y azules de la poesía, la mitología y el arte. Y, fiel al estilo pictórico que quiero utilizar en mi exposición, intentaré con Monet y Renoir, que nunca aparezca el color negro de la patología o de la desesperanza. Sólo así, mezclando estos “colores conceptos” en la paleta de mi imaginación, podré justificar el título de esta conferencia, que comenzaré intentando una delimitación de conceptos: ¿Qué es pubertad y qué es adolescencia?

Limitándonos a la pura etimología de ambos términos, pubertad procede del sustantivo latino **pubes-eris** (púber, viril), a su vez, derivado del verbo **pubesco**, que significa llenarse de vello. Adolescencia, por su parte, proviene de **adolesco**, que se traduce como crecer o desarrollarse. Dada la aparente similitud de ambos vocablos, no nos puede resultar extraño, que muchos autores los utilicen de forma indistinta para referirse a esa etapa de la vida, que el sistema hebdomeriano hipocrático, basado en las propiedades ocultas del número siete, limita desde los 14 a los 21 años. López Ibor, por su parte, utiliza el término **pubertad** para designar el aspecto somático-fisiológico que se registra en el citado período y el de **adolescencia**, para significar los cambios psicológicos habidos en dicho lapso de tiempo. Pero hemos de recurrir a Marañón para encontrar una definición globalizadora de ambos términos: Adolescencia o pubertad, pubertad o adolescencia, es una larga etapa de la vida del ser humano en la que se produce una crisis pluriglandular, que afecta a todo el organismo y que marca el comienzo de la vida sexual.

Pero ¿cómo y por qué tiene lugar esta irrupción endocrina? Dos factores han de tenerse en cuenta para intentar responder a estas preguntas. De un lado, el hecho de que el Sistema Nervioso, que no se completa anatómicamente hasta los siete años, funcionalmente, no llega a su máximo desarrollo hasta los 18; de otra parte está, que en los años prepuberales –desde los 10 a los 12 ó 13 años– sólo existen mínimos niveles de hormonas gonadales, estrógenos o andrógenos, tan pocas, que no tienen ninguna influencia sobre el sistema hipotálamo-hipofisario, quien, además, tiene escasa sensibilidad a su acción en la referida edad. Tan sólo cuando el cerebro madura fisiológicamente, el eje rector del mundo endocrino, que forman hipotálamo e hipófisis, va a comenzar a secretar gonadotropinas –verdaderos motores del despertar sexual– que, actuando sobre el ovario o el testículo, harán que estas glándulas respondan produciendo la suficiente cantidad de hormonas gonadales –estrógenos o andrógenos– para poder desarrollar la pubertad. Ésta va a comenzar a manifestarse de una forma gradual, a lo largo de los años, en forma de un crecimiento ostensible, que, al principio, afecta especialmente a las extremidades y al esqueleto de la cara. El prepúber de ambos sexos pierde la gracia que tenía su rostro de niño y presenta un aspecto desgarbado, a veces de morfología equívoca, que le hará sentir en ocasiones, una sensación de absurdo de su propio cuerpo.

En la joven, en la que se diferencian más marcadamente las sucesivas fases de la pubertad –**prepuberal, puberal, postpuberal y nubilidad**– comenzarán a desarrollarse mamas y caderas, al par que aparece la pilificación pubiana y axiliar y su fisiología de mujer desembocará, al fin, en la primera menstruación. Poco a poco y en tanto va madurando su aparato genital, proseguirá su crecimiento, la cintura se irá estrechando y su figura, merced al completo desarrollo mamario y a los depósitos de grasa en abdomen, nalgas y caderas, adquirirá la definitiva forma del cuerpo femenino.

Vamos a adentrarnos, ya, en una imaginada galería de la adolescencia en el arte y, siguiendo en lo posible el hilo de la narración, contemplemos, en primer lugar, en el conocido grupo escultórico de Psiquis y Pan, a aquella, consolada por el dios de los campos y de los ganados, cuando, casi una niña, llora la primera tristeza de su amor truncado. Su bella figura podría representar a la muchacha prepúber, exquisita promesa de mujer. Lo mismo podemos observar en la picassiana *Niña con cesto de flores*, prototipo de crecimiento acusado de extremidades, que, sin embargo, encierra ese especial encanto de “nynphette” de la que todo puede esperarse. Igualmente constatamos en el cuadro de Puvis de Chavannes, titulado *La esperanza*, en la niña de unos doce años, cuyas gráciles formas dejan vislumbrar su futura esplendor y la esperanza de realizar, muy pronto, su plena femineidad.

La fase puberal, yo al menos, la veo representada en la *Flautista* llena de dulzura y elegancia, uno de los primeros y ya admirables desnudos femeninos, que un ignorado artista jonio, hacia el 450 a. C., plasmó para la posteridad.

En la *Afrodita de Rodas* del período helenístico (Fig. 1), la nacarada calidad del mármol se alía con la gracia frágil y delicada de la diosa, cuyo cuerpo presenta, reafirmados, los caracteres anatómicos femeninos, casi de mujer adulta. Otro tanto representa la *Muchacha desnuda tomando el sol*, de Renoir, cuyos contornos dan

impresión de fortaleza y las formas aparecen como un todo compacto, preludio de una nubilidad próxima.

Esta última fase de la adolescencia, la nubilidad, cuando la mujer ha completado su madurez y adquirido una plena actitud para la capacidad reproductora, la vemos idealizada desde la más remota antigüedad en múltiples representaciones artísticas. De mediados del siglo V a.C., data esta figura de **kore** (Fig.2), virgen al servicio de la diosa Atenea, en la que podemos observar, en un bello rostro de ojos almendrados y plácida expresión, la típica “sonrisa arcaica” que caracteriza a las primeras esculturas griegas. Las **korai** siempre aparecen vestidas, pero lo ajustado de la túnica, como si la tela estuviese mojada, marca las diferentes partes de su cuerpo juvenil. También nos representa la nubilidad la *Vestal* de Canova, de entrevista figura estilizada y rostro de exquisita belleza.

Muchas de las diosas del Olimpo griego y numerosos cuadros a lo largo de historia del Arte, podrían representar, también, esta etapa de la adolescencia femenina; valga como resumen y símbolo de todas ellas, la bella Simonetta Vespucci, transformada en Venus naciente por el prodigioso pincel de Sandro Boticelli.

En el varón, las distintas fases de la pubertad no son tan acusadas. Tras el estirón de los 12-13 años, que coincide con el comienzo de la pilificación axilar y pubiana, comienza el desarrollo torácico y muscular y el aumento de volumen de los testículos. A partir de los 16, aparece el vello facial, en tanto persiste el crecimiento y el aumento de los genitales, afirmándose, poco a poco, el nuevo timbre de voz. La nubilidad se alcanza alrededor de los 22 años, adquiriendo el muchacho, al fin, un completo desarrollo somático y una adecuada espermiogénesis.

La idea de Marañón sobre el desarrollo psicosomático del ser humano, en la cadena niño-mujer-varón, es de gran importancia para la comprensión de muchos problemas que afectan a los jóvenes en la pubertad. Según el eminente clínico, el embrión posee los dos sexos. Desarrollándose al fin, uno de ellos de forma predominante e inhibiéndose el otro, que sólo evoluciona de forma secundaria. Este evolucionismo se produce siempre en el mismo orden, primero el femenino y luego, el masculino. En el varón, tras la fase de indeterminación sexual de la niñez, viene la “fase femenina” prepuberal, que se manifiesta en algunos muchachos, por una adiposidad particular de apariencia feminoide, por un retraso en la evolución de los órganos sexuales y, a veces, por la aparición de ciertos rasgos femeninos, como puede ser la ginecomastia. En realidad, el niño sufre dos pubertades: la de su pequeña femineidad y la de su gran virilidad. La primera de ellas se desvanecerá con el tiempo, adquiriendo, por fin, los caracteres morfológicos y psíquicos del varón adulto.

Existe una leyenda en la mitología griega, que recuerda esta fase femenina del desarrollo sexual del muchacho y explica, quizá de lejos, algunas alteraciones psicopatológicas que persisten, a veces, en el varón adulto.

Cuenta, que un bello joven, Hermafrodito, llamado así por ser hijo de Hermes y Afrodita, criado por las ninfas en el monte Ida, a los 15 años empezó a recorrer el mundo y un buen día llegó a Caria. A orillas de un lago fue visto por la ninfa Salmacis, que se enamoró locamente de él, intentando, en vano, seducirle. Cuando el joven se arrojó al agua para bañarse, la ninfa le abrazó (Fig. 3) suplicando a los

dioses que jamás les separaran; éstos consintieron, uniéndoles en un solo ser de doble naturaleza masculina y femenina.

Algo así nos ha de parecer el *Baco* de Caravaggio, cuyo rostro redondo, blanco e imberbe y su cuerpo, pleno de adiposidades, denuncian al ser andrógino de indeterminado sexo. Así son algunos de los grandes personajes de Correggio, como el San Juan de su cuadro *La Madonna de los Santos*, de carnes flexibles y rosadas y cuerpo de dulcificadas curvas, que reflejan a un auténtico hermafrodita.

Pero continuemos por nuestra imaginada galería del arte, para contemplar verdaderos arquetipos de las diferentes fases del desarrollo del muchacho adolescente.

Retrocediendo a la primitiva escultura griega, nos encontramos con el **kuros**, mancebo imberbe de larga cabellera, signo de su categoría de efebo, ya que los griegos no se cortaban el pelo hasta haber adquirido la completa madurez. Los **kuroi** son retratos de atletas jóvenes y constituyen en la Grecia arcaica, el paralelo de aquellas **korai** o vírgenes, a las que antes aludíamos. Sus representaciones tienen un gran valor ético y religioso y parece ser que ellos fueron los principales protagonistas del origen, todavía misterioso, de los Juegos Olímpicos.

Praxíteles nos muestra en su *Apolo Sauróctono* su visión del más bello de los dioses en los felices días de su adolescencia, con la mirada perdida en el ensueño; y en su *Sátiro en reposo* (Fig.4), una de sus obras preferidas, a un joven de formas redondeadas, casi femeninas, en indolente postura, que denota un sensual abandono. De influencia praxitélica es el *Efebo de Maratón*, en el que podemos ver representada la viva imagen de la pubertad masculina. Y la misma impresión nos produce el *Diadúmeno* de Policeto, que se nos antoja un **kuroi** arcaico que comienza a desprezarse y a salir de su hieratismo; contrastan sus formas, aún tiernas y redondeadas y, sobre todo, su aniñado rostro, con el *Doríforo* del mismo autor, denominado ya en la antigüedad, el **Canon** (Fig. 5), la justa medida de la belleza masculina en su plenitud. Esta imagen del joven completamente formado o **viriliter puerum**, también la observamos en el *Apoxiomenos* de Lisipo, nuevo tipo de atleta, que difiere del *Doríforo* en la mayor flexibilidad y movimiento que revela su figura.

Pero en la adolescencia existe, junto a los cambios biológicos descritos, una manifestación visible de lo sexual con la consiguiente evolución psicológica que ello comporta y todo, producido por la explosión somática que ha tenido lugar.

El desarrollo sexual, que para el adulto sólo significa un dato frío por conocido, para el adolescente —que lo ve en su propio cuerpo— es algo que repercute, no sólo en su conocimiento, sino en su existencia toda. El científico explica que todo lo que está acaeciendo es debido a la aparición de unas nuevas hormonas con sus específicas funciones y su interrelación en el complejo mundo endocrino; pero el adolescente comprueba nuevas sensaciones, antes desconocidas y que ahora, forman parte de su vida ... Y, en principio, siente sorpresa, incluso pasmo, ante el nuevo ser en que se va convirtiendo.

Eso es lo que nos revela el cuadro de Münch, el pintor noruego creador del expresionismo, que titula, precisamente, *Pubertad* (Fig. 6). En él podemos adivinar la perplejidad de esta muchacha que ha dejado de ser, de pronto, niña, tomando en ese mismo instante conciencia de que su cuerpo se ha hecho, casi de improviso, algo más

que un objeto; se ha transformado sin darse cuenta en punto de atracción para los hombres; en sexualidad en una palabra. Si nos fijamos detenidamente, la parte inferior de la figura, sobre todo caderas y muslos, han tomado una forma redondeada y rotunda, que revela a la mujer, mientras que la parte superior, sobre todo el pecho, parece pertenecer a un cuerpo de niña; la cara tiene una expresión confusa, de no saber a qué atenerse; una mirada de asombro y, a la vez de duda infinita.

Este cuadro, en el que, evidentemente, late un profundo sentimiento, pretende reflejar los múltiples y enrevesados problemas de la adolescencia, muy en candelero en los tiempos de Münch, que también fueron los de Freud. El autor, que al pintar afirmaba “oír el rugido de la naturaleza”, nos revela cumplidamente su particular cosmovisión centáurica de la pubertad.

Las modificaciones psíquicas de la adolescencia son debidas, en gran parte, por supuesto, a la maduración psicológica dependiente del estado endocrino-gonadal, pero también a la maduración de la personalidad y a la ampliación de conocimientos, coincidentes con esta época de la vida.

En estas edades, el joven va a descubrir el **tiempo**, que para él, ya no será el presente como en el niño, sino que existirá un pretérito en forma de recuerdos y un entrevisto futuro, pleno de imágenes, que, muchas veces, nada tienen que ver con la vida real. Igualmente, distinguirá en el **espacio** que le circunda, entre el “yo”, su individualidad, y los demás, tomando así conciencia de su propio existir. Como consecuencia de ello, verá nacer en él nuevas actitudes tendenciales y sentimentales.

En cuanto a las primeras, su afirmación del “yo” le llevará, por un lado, a un intento de conquista de su autonomía, que le permita zafarse de todo tipo de trabas familiares, sociales, e incluso religiosas y, de otra parte, hipervalorando su personalidad naciente, abusará de las interpretaciones subjetivas, sobre todo, del mundo exterior.

Además, como el adolescente, aunque todavía no es mayor ya no se siente niño, será presa fácil de la sugestión, de la vacilación de sentimientos y de la inseguridad, que, en muchas ocasiones, se extrovierte en movimientos y posturas desmañadas o en una mímica que se aproxima a la mueca o descarrila en sonrisas tímidas; es ésta la “edad del pavo”, en la que el rubor tonaliza los rostros con excesiva frecuencia ante la más mínima emoción; es, en definitiva, la edad de las “risas tontas”, de la conducta informal, del lenguaje torpe, de la facilidad para distraerse, del soñar despierto... Casi siempre y de forma gradual, este proceso se consumará sin grandes convulsiones al producirse una maduración psicológica plena.

Este perfil de adolescente, pidiéramos llamar “normal”, en ocasiones, cada vez más frecuentemente, está sustituido por el muchacho –o muchacha- que para conquistar su personalidad ha de recurrir a medios estentóreos, como el gusto por lo nuevo sin reparar en su estética y el afán de distinguirse, le conducirá a la excentricidad en el vestido y en el lenguaje; es la llamada **crisis de originalidad**, por la que se pretende ser distinto, cayendo muchas veces en servilismos de formas ridículas y horteras.

No podemos obviar a aquellos adolescentes que, para afirmar su “yo”, recurren a actitudes de auténtica mala educación, o a prácticas incívicas, o lo que es peor, llegan a alinearse con posturas en las que la agresividad es la norma, como podemos comprobar en nuestra convulsionada sociedad actual, contemplando esas pan-

dillas callejeras que bordean la delincuencia, o determinados colectivos pseudopolíticos, que no entienden más razones que las del terror organizado.

Bien es verdad que la adolescencia, en general, puede parecer sinónimo de “extravagancia” si nos atenemos a la pura etimología del término: **extra vacare**, huir de dentro, ir sin rumbo fijo. Pero mientras una gran cantidad de jóvenes, con la maduración, vuelven a encontrar su norte, otros, por desgracia, auténticamente desnortados, siguen su huida hacia delante, aturdiéndose con la violencia, con el sexo desenfrenado o con las drogas. ¿De qué huyen estos jóvenes? ¿De una sociedad deshumanizada, de unos padres ineptos, o de una vida que no saben vivir de un modo sereno y consciente?

Pero sigamos con nuestro tema, abandonando el tono moralizante de la última parte de mi discurso, que ha significado, en contra de mi primera decisión, una mota de color negro en este cuadro impresionista de vívidos colores que pretendo componer.

Y tomando, de nuevo, éstos de mi paleta, intentaré esbozar unos trazos amables y poéticos, para reflejar la vida sentimental de la adolescencia, edad en la que esa combinación de elementos afectivos e imaginativos que componen el sentimiento, se intensifica e interioriza. Junto a los anteriores –amor propio y afecto filial- afloran sentimientos nuevos como el amor y el odio, el desprecio y la admiración; la alegría y la tristeza...; no existe neutralidad sentimental: se ama o se odia; se admira o se desprecia; se ríe o se llora... Y junto a esta radical postura efectiva, el adolescente, por los recovecos de su alma, vive unos grandes ideales –grandes, sobre todo, por lo intensamente vívidos- que se le ofrecen concretados en personajes históricos o actuales, que pasan a ser sus ídolos.

En la esfera de lo emocional, el adolescente, en el secreto de su corazón, diferencia nítidamente lo externo, de su mundo interior, que permanece velado, escondido... Vive ensimismado, como Kisling nos presenta en su *Muchacha con mantón*, en la que la abstracción que su actitud indica, halla el justo contrapunto en su mirada ensoñadora.

Pero donde el ensimismamiento adquiere su punto culminante, rayando en lo patológico, es en el llamado **narcisismo**, problema emocional ya descrito, como tantas otras cosas, en la mitología griega. Narciso era un muchacho amado y deseado por muchas mujeres, que, sin embargo, permanecía insensible al amor. Una ninfa, llamada Eco, que pertenecía al cortejo de Diana, la diosa cazadora, le perseguía especialmente pero no podía declararle su amor, porque Juno la había castigado a no hablar más que repitiendo lo que otros decían. Despreciada por Narciso, Eco se marchitó de tristeza, pero maldijo al joven, deseándole que llegara a amar sin obtener, nunca, el objeto de su amor. Némesis, diosa de la venganza, hizo que un día de gran calor, después de una jornada de caza, el muchacho se detuviera en una fuente para refrescarse (Fig. 7). Al inclinarse para beber, Narciso, seducido por su propia belleza, ensimismado, nunca mejor dicho, se enamoró de sí mismo... La imagen amada se desvanecía cuando intentaba tocarla...; desesperado, se inclinó sobre ella y se dejó morir ahogado. En aquel lugar, nació una flor de color del azafrán y pétalos blancos, que llevaría por siempre su nombre.

En la interpretación psicológica, el mito de Narciso representa la vanidad, la adoración por sí mismo que puede llevar a la autodestrucción. El **narcisismo**, que también puede existir en la mujer –como magníficamente interpreta Rodin en su alegórica escultura- en el niño y en el adolescente representa una fase normal en la evolución del individuo, pero adquiere un carácter plenamente patológico cuando persiste más allá de la madurez.

Otras veces, el ensimismamiento del adolescente, desemboca en la **melancolía**, un estado cuya causa él mismo ignora, pero que le pone en trance de experimentar un gran pesimismo; melancolía, que vemos rimada en la joven princesa de Rubén Darío:

*La princesa está triste ¿qué tendrá la princesa?
Los suspiros se escapan de sus labios de fresa,
que han perdido la risa, que han perdido el color.
La princesa está pálida en su silla de oro;
está mudo el teclado de su clave sonoro
y en un vaso, olvidada, se desmaya una flor..*

Y es que la niña, hecha mujer, advierte crecer en ella un impulso sexual que existía de una forma inconsciente, desde tiempo atrás, dándose ya cuenta que siente una atracción física por el sexo opuesto y que ella misma es objeto de atención de los hombres. Y unas veces, este descubrimiento se efectuará de forma candorosa, como nos hace ver Berta Morisot en el retrato de su hija **Hortensia**; y en otras ocasiones, el candor y la inocencia irán mezcladas con cierta dosis de picardía cuya muestra apreciamos en la muchachita de expresión cándida que nos lega Greuze en su cuadro **El cántaro roto** y que, sin embargo, deja entrever un abandono mal disimulado de auténtica mujer, en su cabellera desordenada y en el pronunciado escote.

Pero, de todas formas, la sexualidad en la adolescente aparece lentamente, como el despertar de un largo sueño. El cuento **La Bella Durmiente del bosque**, constituye un arquetipo transcultural de este hecho, que el poeta nicaragüense canta así en la última estrofa de su **Sonatina**:

*-¡Calla, calla, princesa- dice el hada madrina,
en caballo con alas, hacia acá se encamina,
en el cinto, la espada y en la mano, el azor,
el feliz caballero que te adora sin verte
y que llega de lejos, vencedor de la Muerte,
a encenderte los labios con un beso de amor.*

En este momento es cuando la joven es capaz de enamorarse; lo que antes era simplemente un sentimiento lúdico, ahora adquiere, repentinamente, una extrema importancia: el primer amor. Este primer amor, que Juan Ramón Jiménez nos describe en su poema, que titula, precisamente, **Adolescencia** y que dice así:

*En el balcón un instante
 nos quedamos los dos solos.
 Desde la dulce mañana
 de aquel día, éramos novios.
 El paisaje soñoliento
 dormía sus vagos tonos,
 bajo el cielo gris y rosa
 del crepúsculo de otoño.
 Le dije que iba a besarla;
 bajó, serena, los ojos
 y me ofreció sus mejillas
 como quien pierde un tesoro...
 Caían las hojas muertas
 en el jardín silencioso
 y en el aire erraba aún
 un perfume de heliotropos.
 No se atrevía a mirarme;
 le dije que éramos novios
 ...y las lágrimas rodaron
 de sus ojos melancólicos.*

¿Cuánto se ha escrito sobre esa pasión, candorosamente sensual, que significa el descubrimiento del amor, en medio de los naturales ardores de una pubertad naciente?.

En *Dafnis y Cloe*, obra atribuida al griego Longo, se reflejan, como característica propia de la bucólica griega, la ingenuidad, la ternura y la inocencia de los protagonistas, dos pastores de Lesbos que van juntos a apacentar sus rebaños y que viven su primer amor inmersos en la placidez idílica de la vida campestre. Superarán todos los contratiempos que se les presentan y, al fin alcanzarán su deseo al desposarse. El siguiente poema, titulado *De mis niñeces*, de Meléndez Valdés, parece describirnos este amor pastoril de Dafnis y Cloe; dice así:

*Siendo yo niño tierno
 con la niña Dorila
 me andaba por la selva
 cogiendo florecillas,
 de que alegres guirnaldas,
 con gracia peregrina,
 para ambos coronarnos,
 su mano disponía.
 Así en niñeces tales
 de juegos y delicias
 pasábamos, felices,
 las horas y los días.*

*Con ellos, poco a poco,
la edad corrió deprisa
y fue de la inocencia
saltando la malicia.
Yo no sé, más al verme,
Dorila se reía
y a mí, de sólo hablarla
también me daba risa.
Luego, al darle las flores,
el pecho me latía
y en ella, al coronarme,
quedábase embebida.
Una tarde, tras esto,
vimos dos tortolitas,
que, con trémulos picos,
se halagaban, amigas
y de gozo y deleite,
cola y alas caídas,
centellantes sus ojos,
desmayadas, gemían.
Alértonos su ejemplo
y entre honestas caricias,
nos contamos, turbados,
nuestras dulces fatigas
y en un punto, cual sombra,
voló de nuestra vista
la niñez, más en torno
nos dio el Amor sus dichas.*

Pero la mejor descripción del primer amor, con sus dudas y desasosiegos, con sus alegrías y sus penas, con sus ilusiones y desencantos, quizá sea la reflejada en el antiguo mito de Eros y Psiquis. Ésta era una joven princesa, tan bella que Venus, celosa de su hermosura, ordenó a su hijo Eros, que la hiriera con sus flechas de manera que se enamorase del hombre más despreciable de la tierra. El joven dios, al conocerla, quedó tan prendado de la muchacha, que decidió desobedecer a su madre. Pasó el tiempo y, como quiera que Psiquis permaneciera soltera, el rey, tras consultar con un oráculo, la mandó conducir a la cima de una colina donde una horrible serpiente la tomaría por esposa. Mientras ella esperaba su fatal destino, apareció Céfito que la condujo suavemente hasta un suntuoso palacio de oro y mármoles, donde a la noche siguiente, en la más absoluta obscuridad, Eros la inició en el amor, recomendándole no obstante, con insistencia, que no intentara verle nunca. Pero un día –instigada por sus hermanas, envidiosas de su suerte– desobediendo a su amado, logró verle; éste, enojado por la desconfianza y desobediencia de la niña, se alejó de ella para siempre. Psiquis, llena de dolor, erró durante

mucho tiempo buscando la ayuda de los dioses para recuperar su amor sin lograr conseguirlo; al fin, tras superar diferentes pruebas, peligrosas y humillantes impuestas por Venus, logró encontrar a Eros, consiguiendo sus desposorios en el Olimpo y la conquista de la inmortalidad.

La hermosa historia de amor que nos ofrece este mito ha sido muchas veces, motivo de representaciones artísticas. En la escultura, denominada indistintamente *Eros y Psiquis, Dafnis y Cloe, o La invención del beso* (Fig. 8), Boetas de Calcedonia mezcla con cierta perversidad la inocencia cándida y la picardía más experta en el beso de dos niños; los dos cuerpos, casi igualmente femeninos, se abrazan inocentes, sin conocer con exactitud el origen misterioso de la fuerza que junta sus labios. Y Gerard, en su lienzo alusivo al tema, parece representar en Psiquis la personalización del alma desconcertada e indecisa que busca en el amor de Eros salir de su confusión. Y Jacopo Zucchi inmortaliza el momento en el que ella comprueba la identidad de su amado, quién con su frase de despedida, “el amor no puede vivir sin confianza”, la sumirá en la soledad y en la tristeza hasta su feliz reencuentro.

Pero la idealización más lograda de estos jóvenes enamorados, la encontramos en el *Eros* de Tespis, la obra preferida de Praxiteles y en la *Psiquis*, también de línea praxitelica, que se conserva en el Museo de Nápoles.

El dios está representado por un joven impúber, cuya mirada se revela sumergida en un fervor o éxtasis dionisiaco o quizá místico; sus largos y embrollados cabellos tienen como un temblor vibratorio, hasta el punto que parecen traducir que en su bella cabeza se producen sueños y no razones. El cuerpo, indolentemente arqueado con la que se ha venido en llamar “curva parxitelica”, manifiesta la duda de no saber adónde ir o a quién dirigirse.; alguien ha dicho que es una original forma de representar la ceguera del amor, sin vendarle los ojos.

Psiquis, por su parte, parece transmitir al mármol su propio nombre, llenándole de espíritu y dándole acabada apariencia de desvanecimiento de alma. Inclineda, su cabeza mira hacia abajo como el *Eros* de Tespis, o, mejor dicho, no mira, porque sus ojos se hunden dentro de sus órbitas en una contemplación íntima, en una abstracción continuada. La *Psiquis* vive con una plenitud superior a la de la materia orgánica y aun a la de la conciencia pensante. El arte, muchas veces, ha hablado más claro que la filosofía y la mística y en ese pedazo de mármol del Museo de Nápoles, se ha realizado el milagro de decir lo indecible.

El primer amor, a veces, se manifiesta con ribetes románticos, muy en sintonía con el especial momento psicológico por el que atraviesa el adolescente ¿Quién de nosotros no ha estado alguna vez de acuerdo con Gustavo Adolfo Bécquer cuando afirmaba, que “la poesía es el sentimiento y el sentimiento es la mujer? ¿Y quién no ha declamado su famosa *Rima XXXI*?

*¿Qué es poesía? Dices mientras clavas
en mi pupila, tu pupila azul
¿Qué es poesía? ¿Y tú me lo preguntas?
Poesía ... ¡eres tú!*

Otras veces, el adolescente ama por primera vez con el más rendido platonismo, a la manera de Dante o Petrarca: el alma de la amada es el verdadero objeto de pasión del amante y no los rasgos de su hermosura. Eso nos dice en su soneto, de evidente origen neoplatónico, Lupercio Leonardo de Argensola:

*No fueron tus divinos ojos, Ana,
los que al juego amoroso me han rendido;
ni los rosados labios, dulce nido
del ciego niño, donde néctar mana;
ni las mejillas de color de grana;
ni el cabello, que al oro es preferido;
ni las manos, que a tantos han vencido;
ni la voz que está en duda si es humana.
Tu alma, que en tus obras se trasluce,
es la que sujetar pudo la mía,
porque fuese inmortal su cautiverio.
Así, todo lo dicho se reduce
a sólo su poder, porque tenía
por ella, cada cual, su ministerio*

Y, sin embargo, según algunos, la auténtica concepción platónica del amor es algo más, es el “semivirgen refinamiento de la ternura”, curioso elixir amatorio formado a expensas de ciertas dosis de indeterminada castidad, en ocasiones, tal vez forzada y no reñida, sin embargo, con un deseo erótico permanente y casi patológico; así es el amor “udri”, platonismo arabizado, que nos exponen Muhammad ibn Dawud en su *Libro de la flor* y nuestro Ibn Hazán en *El collar de la paloma*.

De todas formas, el adolescente, en su primer encuentro con el amor, estará más cerca de la concepción platónica, llamémosle “pura”. Y el muchacho, tímido y perplejo, declamará, para sí con Campoamor:

*Preguntas ¿qué es amor? Es un deseo
en parte terrenal y en parte santo;
lo que no sé expresar cuando te canto;
lo que yo sé sentir cuando te veo.*

Y cuando el amado le sea esquivo, la jovencita se acordará, con Góngora, de las “flores azules” de los celos:

*Las flores del romero,
niña Isabel,
hoy son flores azules,
mañana serán miel.
Celosa estás, la niña,
celosa estás de aquél*

*dichoso, pues lo buscas;
ciego, pues no te ve;
ingrato, pues te enoja
y confiado, pues
no se disculpa hoy
de lo que hizo ayer.
Enjugues esperanzas
lo que lloras por él
que celos entre aquellos
que se han querido bien,
hoy son flores azules,
mañana serán miel.*

Y el uno y la otra, en su primer púdico contacto, comprobarán que las manos aman, como se aman, eternamente fundidas en bronce, la de nuestro poeta Ibn Zaydum y la de Walada en su febril contacto que lo simboliza todo porque en él está, sin palabras, el más luminoso lenguaje.. Parece que Vicente Aleixandre se hubiera inspirado en esta manos trémulas, para componer su poema:

*Pero otro día toco tu mano. Mano tibia.
Tu delicada mano silente (...).
Es por la piel secreta, secretamente abierta,
invisiblemente entreabierta,
por donde el calor tibio propaga su voz, su afán dulce,
por donde mi voz penetra hasta tus venas tibias,
para rodar por ellas en tu escondida sangre
como otra sangre que sonara oscura, que dulcemente
oscura te besara...*

¡Primer amor!... Inocencia, ternura, dicha... Pero el adolescente pronto descubrirá en sus lecturas, e incluso en su propia carne, que no siempre es dichoso.. Los mismos Dafnis y Cloe tienen un infausto final en el auténtico mito griego. Y en **Pablo y Virginia**, Bernardo de Saint Pierre decidirá que el fatal destino venza el amor.. Y Publio Ovidio Nasón, hará que los amores de **Píramo y Tisbe**, ante la oposición familiar, terminen con el suicidio de los amantes. Y lo propio harán **Romeo y Julieta**, de la mano de Shakespeare.. Y Boccaccio, en su **Decamerone**, nos contará la historia de Girolamo y Silvestra y de su amor, revivido más allá de la muerte...

El adolescente gozará y sufrirá con todos los personajes viéndose reflejado en ellos mismos; sus sentimientos, alimentados básicamente con las sensaciones que le transmiten estas historias, tendrán, en definitiva, el sabor agridulce que significa el descubrimiento del amor.

Pero éste, en realidad, no es sólo un sentimiento romántico, descarnado y desexualizado; es también deseo sexual, apetencia carnal..; en definitiva, ese extraño conjunto de diferentes sensaciones, que, aunadas, definen la sexualidad naciente.

En la muchacha existe una precocidad amorosa con respecto al varón, predominando el aspecto sentimental y romántico sobre el puro deseo sexual; el despertar de la libido no sólo no es precoz, sino más tardío en la mujer normal, no sometida a influjos externos perturbadores. En el muchacho, por el contrario, la sexualidad tiene un substrato y una expresión más biológica, apareciendo como una necesidad genital más repentina e imperiosa.

Y para intentar justificar y también idealizar estas aseveraciones, volvamos, de nuevo, del **logos** al **mythos**... Recordemos a Dafne (Fig. 9), la hermosa ninfa solitaria y casta que juró no pertenecer jamás a ningún hombre, pero que, sin embargo, no puede evitar que el mismísimo Apolo quiera conseguirla.. Y el dios la asedia, la persigue..; ella no tiene adónde ir..; indefensa, pide ayuda a la diosa Tierra y ésta se la presta: Dafne comienza a transformarse entre los brazos del dios; una corteza protectora crece en torno a su ágil cuerpo desnudo, terso y fino, de ninfa sobrenatural..; sus uñas delicadas, se alargan en gajos y hojas que se multiplican con mágica velocidad..; sus finos cabellos se transforman en intenso ramaje..; el rostro desaparece detrás de la corteza..; el cuerpo se ha hecho tronco que hunde sus raíces en el suelo.. Dafne se ha transformado en laurel y Apolo, llorando, decide que ese árbol sea consagrado a su culto; sus hojas serán dedicadas a la purificación y guirnaldas tejidas servirán para coronar a los vencedores en arte, deportes y batallas.

Y en tanto Bernini en su magnífica escultura nos transmite el gestor de terror de Dafne que acompaña al estallido de hojas y raíces, nuestro Garcilaso poetiza esta metamorfosis y refiere la desdicha del amante que trasciende lo mitológico, en la última parte de su soneto, que dice así:

*A Dafne ya los brazos le crecían
y en luengas ramas vueltas se mostraban;
en verdes hojas vi que se tornaban
los cabellos que al oro escurecían;
de áspera corteza se cubrían
los tiernos miembros que aún bullendo estaban;
los blancos pies en tierra se hincaban
y en torcidas raíces se volvían.
Aquél que fue la causa de tal daño
a fuer de llorar, crecer hacía
este árbol que con lágrimas regaba.
¡Oh miserable estado, oh mal tamaño,
que con llorarla crezca cada día
la causa y la razón por que lloraba!*

Hemos visto cómo en la adolescencia irrumpen en el psiquismo tanto del muchacho como de la chica nuevas realidades, como el enamoramiento y el amor; aquél es pasivo y fatal; éste es activo y voluntario, porque uno se enamora, quiera o no quiera, pero, si ama, es queriendo amar. Sin embargo, ambos sentimientos, que a esta edad, al fin y al cabo, son un mero balbuceo amoroso, un despertar al

amor, no se inician de una forma absolutamente espiritual, sino que siempre estarán, en mayor o menor grado, impregnados de sexualidad, ya que, rechazando ciertos resabios dualistas platónicos, el sexo no es para el cuerpo y el amor para el alma, porque el ser humano es un “todo”, que se identifica con un **sexo amoroso** y con un **amor sexualizado**.

La sexualidad es una peripecia sinuosa, que nace y evoluciona en nosotros, como señala Freud, desde la más tierna infancia y en cada individuo es una diferente historia y un cuento sin fin; encauzar esta historia constituye una tarea a realizar por parte de padres y educadores, ayudando así a los adolescentes e integrar sexo y amor en esta edad tan difícil; preparándolos, en suma, para el amor, en la más amplia acepción de la palabra, mediante una buena educación sexual, que vaya dirigida a sintonizar su vida psíquica entera –conocimiento, tendencia y sentimiento- con la pura actividad externa y ello, hoy con más razón, cuando el adolescente recibe de manera continua estímulos erotizantes del exterior que le desconcertan y desazonan.

Sólo de esta manera podrán llegar a gozar algún día de ese **amor pleno**, culmen de la entrega y la aceptación de los amante; ese amor cuya mística se expresa, en un grado inferior puramente genital y en otro, superior, que se desprende de este verso de Rabindranath Tagore: “Líbrame de tu embrujo y dame coraje para que te ofrezca, de nuevo, mi corazón liberado”.



Fig. 1: *Afrodita de Rodas*. Período helenístico. (Museo de Rodas)



Fig. 2: *Korai de la Acrópolis de Atenas*. Siglo VI a.J.C. (Museo de la Acrópolis Atenas)



Fig. 3



Fig. 4: *Sátiro en reposo*, de Praxiteles. (Museo Capitolino, Roma)



Fig. 5: *Doríforo* de Policleto. Cópia en bronce (Museo de Nápoles)



Fig. 6: *Pubertad*, de Edvard Munch, (Museo de Oslo)



Fig. 7



Fig. 8: *Dafnis y Cloe o el amor impúber*. (Museo Capitolino, Roma)



Fig. 9: *Apolo y Dafne*, de Bernini. (Galería Borghese, Roma)